



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

La revuelta tagala de 1896-1897

Agustín Ramón Rodríguez González

Historiador. Asociación Española de Estudios del Pacífico

Durante los más de tres siglos de dominación española en el archipiélago filipino, ésta había estado principalmente asegurada, en lo militar, frente a agresiones externas o al constante desafío de los piratas esclavistas islámicos de Joló y Mindanao, más por la fidelidad de los indígenas, especialmente los de Luzón, que por la entidad de las fuerzas armadas españolas presentes en el área.

En 1896, la seguridad de más de 7 millones de habitantes en más de 7.000 islas, parecía resuelta con una fuerza que, incluyendo Ejército, Armada, Guardia Civil y Carabineros, apenas sobrepasaba los 17.000 hombres, dos tercios de los cuales eran indígenas.

Justamente el dominio español pareció decisivamente amenazado, cuando a fines de agosto de 1896 la insurrección estalló en el núcleo principal del dominio español: la isla de Luzón.

El pequeño ejército español en Filipinas contaba, en 1896, con sólo 13.291 hombres, incluyendo guardias civiles y carabineros. De ellos, 4.269 eran europeos, a los que se reservaba el mando y la práctica totalidad del único regimiento de artillería.

La infantería constaba de siete regimientos, con mandos y clases europeos y tropa indígena.

Aunque bien entrenados y probados anteriormente para el tipo de lucha que debían afrontar, estas fuerzas tenían dos marcadas debilida-

des: de un lado, la escasez y antigüedad de la artillería de campaña y de caballería; y, de otro, la muy dudosa fidelidad de las tropas indígenas una vez que la rebelión fue un hecho.

Por ello igualmente no cabía esperar refuerzos con la movilización de reclutas o voluntarios indígenas. Tampoco, y a diferencia de Cuba, había una gran colonia española en Filipinas que permitiese la constitución de unidades de voluntarios. Apenas había un blanco por cada 10.000 filipinos, y los europeos se concentraban en Manila, siendo su presencia en el resto del archipiélago casi simbólica y reducida a unos pocos funcionarios civiles o militares, religiosos y a algún hacendado o comerciante.

Por su parte, la Armada aportaba casi otros 3.000 hombres, de nuevo en su mayoría filipinos, aunque menos propensos a la desertión.

Aunque tradicionalmente olvidado, el papel de la escuadra era vital en Filipinas al asegurar las comunicaciones interinsulares, ser casi el único medio de transporte para los refuerzos, incluso en la misma Luzón, dada la escasez de vías terrestres,

Apenas había un blanco
por cada diez mil
filipinos, y los europeos se
concentraban en Manila,
siendo su presencia casi
simbólica en el resto del
archipiélago.

y por su papel en la vigilancia de costas, bombardeos y operaciones anfibias en colaboración con el Ejército. Su material se reducía a cinco pequeños cruceros y una veintena de cañoneros, algunos de ellos en los lagos de Luzón y Mindanao, com-

Ramón Blanco y Erena



Nació en San Sebastián el 15 de septiembre de 1833. En 1848 ingresó en la Academia General, obteniendo el grado de subteniente en 1850. En 1855 logró el empleo de teniente de Estado Mayor. Participó en la represión ocurrida en Valencia y Barcelona con motivo del desarme de la milicia nacional. Fue destinado a Cuba, y participó en los combates de Santo Domingo del año 1861, donde fue ascendido

a teniente coronel por méritos de guerra. En 1866 combatió en Cataluña contra los sublevados y en el mismo año se embarcó para Filipinas donde desempeñó el cargo de gobernador de Mindanao. Tomó parte activa en la Guerra Carlista, logrando el grado de brigadier. En 1879 es nombrado Gobernador General de Cuba. En 1893 fue nombrado Gobernador General de Filipinas, bajo cuyo mando estalló la revuelta tagala de 1896/97. Sustituido en este puesto por García de Polavieja, regresó a España donde defendió su actuación en aquellos sucesos ante las Cortes y el Senado. El Gobierno de Sagasta le envió a Cuba, en sustitución de Weyler, con el fin de implantar el régimen autonómico y terminar con la guerra. Bajo su mando se rindió la isla de Cuba ante Estados Unidos en 1898. Murió en Madrid en abril de 1906.

plementados con tres transportes armados y algunas unidades menores: cañoneras, pontones y remolcadores.

Los sublevados

Frente a estas débiles fuerzas, los insurrectos llegaron pronto a movilizar una fuerza que, por lo bajo, se estimó en 25.000 hombres con continuas nuevas incorporaciones. Carecían, sin embargo, de mandos y adiestramiento, aunque los desertores de las tropas coloniales contribuyeron a paliar esa deficiencia.

Más decisivo aún era su casi total aislamiento internacional, pues el resto de las potencias coloniales europeas en Extremo Oriente se negaron a prestarles el más mínimo apoyo e, incluso Japón, en quien ponían los sublevados sus mayores esperanzas, se mostró renuente, pese a los temores españoles de que sus ideas panasiáticas, cada vez más evidentes, le llevaran a tomar una actitud bien distinta y análoga a la de Estados Unidos respecto a la rebelión cubana.

Por ello, los insurrectos tenían una gran escasez en armas de fuego modernas y no podían incrementarlas con el contrabando, reduciéndose a obtenerlas de sus derrotados enemigos o de los desertores. A éstas se unían viejas armas de avancarga, especialmente los pequeños cañones llamados *lantacas*, de factura local, y un gran número de armas blancas de toda clase, entre las que destacaban los formidables *bolos* o machetes.

Además, y aunque nunca les faltaron hombres, la insurrección tuvo su apoyo en la etnia tagala, mostrándose las demás del amplio mosaico filipino poco propicias a ella, cuando no, en algunos casos, claramente contrarias.

La debilidad de las fuerzas españolas se agravaba aún más por la impuesta dispersión en tan dilatado escenario, que incluía los lejanos archipiélagos de Marianas y Carolinas. Además, se acababan de concluir las campañas para dominar y pacificar por completo Mindanao, que, aún no muy segura, necesitaba una fuerte guarnición. Por todo ello, y por la falta de previsión y de reflejos del Capitán General, Ramón Blanco, la situación pronto llegó al borde del desastre.

En la misma Manila apenas había 3.000

BALER, UN BOTÓN DE MUESTRA

Dentro de sus particularidades locales, el pueblo de Baler, famoso luego por la heroica resistencia de su guarnición en la guerra del 98, ofrece un ejemplo del carácter de la lucha.

Estaba enclavado en la provincia de Nueva Ecija, y era cabeza de la comandancia político-militar del Príncipe, que contaba en total con unos 5.400 habitantes. Los únicos españoles allí presentes eran el capitán-gobernador y el cura párroco, mientras que en la guarnición se reducía a cinco guardias civiles.

En agosto de 1897 se tuvo noticias de que se preparaba una insurrección y de desembarcos de armas en la costa. Se envió a reconocerla al crucero *María Cristina*, insignia de la flota española en Filipinas, y a un cañonero, mientras que se destacaba allí una pequeña guarnición compuesta de un teniente y cincuenta cazadores.

El 5 de octubre el destacamento fue tomado por sorpresa, muriendo el teniente y nueve soldados, resultando otros nueve heridos, y haciéndose prisioneros a los guardias civiles, al párroco y a nueve soldados

más. El resto quedó asediado y en malas condiciones.

El transporte de guerra *Manila*, en misión de reconocimiento y apoyo, observó los hechos dando cuenta al Gobierno, y desembarcó una parte de su dotación, que pudo reunirse con los cercados.

La situación parecía insostenible y se decidió enviar otro transporte, el *Cebú*, con un capitán y 100 cazadores para auxiliar a la comprometida guarnición.

Reunidos los dos transportes, se procedió al desembarco y, tras dura lucha, la columna liberó a los asediados y ordenó su vuelta a Manila en los transportes. Baler fue abandonado por sus habitantes, de los que sólo doce continuaron en sus viviendas.

De nuevo, la guarnición española quedó cercada y en difícil situación, pese a los socorros del crucero *Don Juan de Austria* y el vapor *Compañía de Filipinas*. Al final fue necesario enviar una columna de 400 soldados al mando de un comandante.

Siguieron los combates hasta que el 11 de enero de 1898 se conoció el pacto de Biac-na-bató. Las tropas españolas pudieron reembar-

carse, si bien dejando un destacamento de 50 hombres, el que se haría famoso en la guerra siguiente, y que, desde el principio, se consideró iba a estar en una situación difícilísima.

Nadie se hacía ilusiones respecto al porvenir, pues los rebeldes presentados a las autoridades con motivo del pacto se presentaron sin armas, por haberlas escondido para mejor ocasión, mientras se rumoreaba insistentemente que habría un nuevo levantamiento en junio.

Resulta muy significativo que el pequeño distrito, que en tiempos de paz había sido controlado por cinco guardias, absorbiera en apenas unos meses los esfuerzos de 550 soldados (uno por cada 10 habitantes) y la atención de dos cruceros, dos transportes, un cañonero y un mercante.

Aunque incapaces de tomar la iglesia donde se habían atrincherado los españoles, por su escasez de armas de fuego, especialmente de artillería, los filipinos se habían mostrado como enemigos formidables actuando por sorpresa y tenaces en el asedio y en la resistencia.

hombres de los que sólo la décima parte eran europeos, pronto empezaron a caer destacamentos aislados y a ser cercados otros, con el resultado de que la casi totalidad de las provincias de Manila y de Cavite, con los barrios extramuros de la misma capital quedaron en manos de los insurrectos. Empezaron a caer localidades importantes como Noveleta y Cavite Viejo, mientras la insurrección se extendía a las

provincias de Bulacán, Pampanga, Nueva Ecija, Tarlac, La Laguna y Batangas, donde se declaró el estado de guerra.

Los filipinos combatían no al estilo guerrillero, sino —y dentro de las limitaciones impuestas por su escaso armamento— como un ejército regular. Pronto destacó como líder militar Emilio Aguinaldo, alcalde hasta entonces de Cavite Viejo, cuya capacidad le hizo dominar pronto la entera provincia ►

Emilio Aguinaldo



Nació el 22 de marzo de 1869 en el pueblo de Cavite. Cursó estudios de Segunda Enseñanza en un colegio particular de San Juan de Letrán, regentado por los dominicos. Maestro de escuela de profesión, se afilió de joven a la masonería. Como consecuencia de las re-

formas de Maura, fue elegido capitán municipal, cargo que desempeñó hasta que estalló la revuelta de 1896. Mandó fusilar a Andrés Bonifacio, momento en el que se hizo con el control del Katipunan y se convirtió en jefe indiscutible de la revuelta. Viajó a Hong Kong, con otros jefes del Katipunan como consecuencia de los acuerdos de Biac-na-bató. Al declararse la guerra hispano-norteamericana fue llevado por éstos a Filipinas a bordo del cañonero Mac Cullok, para iniciar una segunda rebelión contra España, en mayo de 1898. Tras la derrota de España trató con tolerancia y caballerosidad a los prisioneros españoles. Se erigió en dictador, para luego ser proclamado como primer presidente de la efímera República Filipina, con centro en el pueblo de Malolos (Bulacán). Rotas las hostilidades entre filipinos y estadounidenses, organizó la defensa hasta que fue derrotado en Tarlac, momento en que ordenó a su ejército que se dispersase y se lanzase a la guerrilla. Se refugió con su estado mayor y una compañía de infantería en el norte de la isla de Luzón, y luego en Palanán, donde fue capturado el 28 de marzo de 1901. Fue prisionero de Mac Arthur varios meses, para firmar finalmente una alianza con Estados Unidos y retirarse definitivamente de la política y dedicarse a la agricultura.

de Cavite, tan cercana al arsenal y base de la Armada y de la propia Manila, así como rechazar victoriosamente todos los intentos de reconquista. Las primeras y débiles columnas españolas de socorro a los puestos cercados fueron rechazadas por el empleo constante de fortificaciones en sus caminos de acceso.

Aunque la represión contra los elementos rebeldes fue dura, abundando los juicios, fusilamientos y embargos de bienes de los pasados a la insurrección, la deserción de tropas indígenas no disminuyó.

Los esfuerzos españoles

No había otra solución que transportar rápidamente tropas peninsulares. Pero España estaba ya casi exhausta por la rebelión cubana y el nuevo esfuerzo no podría ser ni de gran entidad ni muy continuado. Síntoma de que se estaba llegando al fin de las posibilidades fue que las tropas enviadas no eran los batallones de reserva de los regimientos establecidos, ya agotados, sino batallones formados sobre la marcha con reclutas, oficiales y voluntarios, a los que se llamó de *cazadores* para encubrir su carácter provisional. Junto a ellos, y como única fuerza organizada con anterioridad, se recurrió a la Infantería de Marina, que proporcionó casi la mitad del esfuerzo inicial.

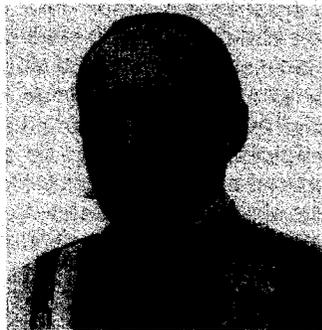
En total, de septiembre a diciembre de 1898, pasaron a Filipinas en los vapores-correo de la compañía *Trasatlántica* unos 25.456 generales, jefes, oficiales y tropa de refresco con una muy baja proporción de artillería, caballería e ingenieros.

Entretanto, el mando de Blanco parecía desacreditado por su actuación, de hecho había sido derrotado en persona en un intento de recuperar Cavite, y se imponía el relevo por otro jefe más enérgico.

A comienzos de diciembre llegaba Camilo García de Polavieja a Manila en una de esas expediciones de refuerzo, siendo nombrado el día 13 de este mes Capitán General (y por tanto gobernador) del archipiélago, mientras que a Blanco, en desagravio, se le trasladaba al Cuarto Militar de la Reina Regente. El mando de Polavieja presentó pronto analogías con el de Weyler en Cuba: endurecimiento de la represión y reactivación de las operaciones militares.

Muchos de los procesos, sin embargo, habían sido iniciados en la etapa anterior, y

Camilo García de Polavieja



Nació en Madrid el 13 de julio de 1838. Perteneciente a una familia asturiana arruinada, sentó plaza de soldado el 20 de agosto de 1858, obteniendo reglamentariamente los empleos de cabo y sargento en el regimiento de Navarra. Tomó parte en la Guerra de Africa, siendo ascendido a sargento primero por sus méritos en la batalla

de Wad Ras. En 1863 es destinado a Cuba con el grado de alférez. Participó en la guerra de los Diez Años, donde por méritos de guerra ascendió a teniente coronel. En 1873 asciende por antigüedad a coronel, regresando a la Península. Luchó con Martínez Campos en la Guerra Carlista, por lo que obtuvo el grado de brigadier. En octubre de 1876 regresa a Cuba, campaña en la que logró el ascenso a mariscal y luego a teniente general. Fue Capitán General de Andalucía. En julio de 1890 es nombrado Capitán General de Cuba, puesto que ocupó hasta 1892. En esta etapa hizo fracasar un intento de revuelta de Maceo y otro de Carrillo en Santa Clara. En diciembre de 1896

es enviado a Filipinas a sustituir al general Blanco, al no contar éste con la confianza del Gobierno por causa de haber estallado la revuelta tagala de 1896. Reorganizó las fuerzas españolas y recobró la iniciativa contra el Katipunan por medio de las operaciones de la División Lachambre en la provincia de Cavite, donde se encontraba el foco principal de la revuelta. Sustituido en este mando por Primo de Rivera, regresó a España. A su llegada fue recibido por el pueblo como el vencedor de los tagalos. En 1899 fue nombrado Ministro de la Guerra, y en 1903 Jefe del Cuarto Militar del Rey. En enero de 1910 era ascendido a Capitán General. Murió en Madrid en enero de 1914.

entre ellos, el más destacado fue el del intelectual filipino José Rizal, que aunque de ideas claramente independentistas se había opuesto a la rebelión y pedido su traslado a la Sanidad Militar de Cuba. Sin embargo, cuando navegaba de Manila a Barcelona fue ordenada su detención, condenado a muerte a su vuelta a Manila el 26 de diciembre, y cuatro días después, fue ejecutado.

La contraofensiva

Con los refuerzos llegados, Polavieja pudo reorganizar rápidamente su ejército, al que dividió en tres fuerzas fundamentales, una división de operaciones llamada Lachambre por el nombre de su jefe, y dos comandancias generales con misiones básicamente defensivas en Manila y Morong.

La división Lachambre pronto derrotó a las fuerzas filipinas, que combatían a la defensiva, atrincheradas tras muros de piedra y troncos.

La división Lachambre constaba de tres brigadas de infantería, en las que se mezclaban los batallones peninsulares e indígenas, cada una con una fuerza de descubierta y vanguardia llamada *guerrilla*, montada y compuesta por los mejores tiradores y conocedores del terreno; además de las tropas de artillería, ingenieros, caballería y algunos voluntarios indígenas.

La división pronto derrotó a las fuerzas filipinas, que combatían a la defensiva, atrincheradas tras muros de piedra y troncos, guarnecidos con *lantacas* y tras de los cuales se agolpaban numerosos hombres provistos de machetes esperando el asalto. Por lo general, la táctica española consistía en bombardear los atrincheramientos y someterlos al fuego de los *Mausers* —ar-

mas recién llegadas al archipiélago-, mucho más eficaces que los antiguos *Remington* que, en el mejor de los casos, tenían los insurrectos.

Tras esa preparación, venía el asalto a la bayoneta, combinado con otro a uno de los flancos de la fortificación tagala. El resultado invariablemente era la victoria táctica española.

Tal modo de combatir, aunque seguro, era muy costoso, y si las pérdidas filipinas resultaban mucho mayores, las españolas eran severas: en los 122 días que duró el mando de Polavieja, murieron 1 general, 3 jefes, 16 oficiales y 279 soldados, resultando heridos otros 80 jefes y oficiales y 1.200 soldados (o sea, más de 100 bajas diarias). Si a ello unimos los efectos del cli-

ma, del constante esfuerzo físico y de las enfermedades tropicales, no cabía duda de que las tropas españolas se agotarían pronto.

Los resultados, con todo, fueron evidentes, pues se había recuperado el control de todas las provincias excepto la de Cavite, y sumaban varios miles los rebeldes acogidos a un decreto de indulto.

Las discusiones en el campo rebelde llevaron al enfrentamiento directo entre Andrés Bonifacio y Emilio Aguinaldo, el líder ya incontestado -y elegido el 22 de marzo Presidente de la recién nacida República Filipina, en la Convención de Tejeros, cosa a la que se opuso Bonifacio y que le valió ser fusilado por su oponente poco después.

Sin embargo, Polavieja consideraba ne-

JAPON ANTE LA REVUELTA TAGALA

Los éxitos del Japón -*revolución Meiji, chino-japonesa, etcétera- sirvieron para hacer resurgir el orgullo racial y nacional entre los sectores instruidos, occidentalizados, de la sociedad tagalo-filipina. Un sector de la población tagala vio en el Imperio del Sol Naciente un modelo asiático, cuya proximidad geográfica, orígenes étnicos y logros industriales y militares lo convertía en el ejemplo y aliado natural para lograr la independencia de la nación filipina.*

Los contactos con Japón fueron poco a poco aumentando gracias a los viajes de finales del pasado siglo, por parte de los miembros de la elite tagala, cuyos verdaderos fines eran claramente nacionalistas: la búsqueda de ejemplo y apoyo.

La mayor preocupación de España en relación a la actitud que pudiese adoptar Japón ante la revuelta ta-

gala se cifraba en que, dada la proximidad entre ambos archipiélagos, desde Japón se suministrasen pertrechos de guerra -armas y municiones- a los insurrectos. Por lo que las autoridades de Madrid y Manila se dedicaron, a través de su servicio exterior, a vigilar, controlar y neutralizar las acciones filibusteras que los exilados tagalos pudiesen desarrollar y planear en relación al Japón.

Los Gobiernos de Tokio, desde un primer momento, adoptaron una posición respecto a España que hacía suponer que no habría ningún tipo de intervención abierta de los japoneses en favor de los katipuneros. Evidentemente para Japón los sucesos de Filipinas tenían una gran trascendencia. Se desarrollaban muy cerca de su colonia de Formosa, en las posesiones de una potencia occidental en franco declive, a la que por

distintas vías Japón había ya tanteado con la esperanza de conseguir parte de sus posesiones en el Pacífico. Tanto el Gobierno como el Ejército y la Marina nipona seguían estos sucesos con sumo interés, aunque sin adoptar ningún tipo de medida contraria a los intereses de España en Filipinas.

Existen algunos datos que pueden demostrar que Japón estaba dispuesto a vender armas subrepticamente a los tagalos a cambio de importantes sumas de dinero. Caso de Rizal, tal como cuenta Pío Valenzuela, tras visitar a éste en su internamiento de Dapitán: un ministro japonés puso a mi disposición [de Rizal] tres barcos mercantes con los que transportar armas a las Filipinas. Escribí a un rico filipino en Manila pidiéndole me prestase 200.000 pesos para comprar armas y munición, pero se negó a prestarme. Por eso he vuelto

cesarios unos 20 batallones más de refuerzo (casi veinte mil hombres) para acabar con la guerra.

Pero Cánovas, entonces Presidente del Gobierno, se quejaba de que la guerra costaba 10 millones de pesetas mensuales, prometiéndole sólo armar a seis mil voluntarios y cuatro batallones peninsulares, aparte de los dos nuevos cruceros y un transporte de guerra ya enviados.

Desairado, Polavieja, y bajo pretexto de cansancio y de haber contraído el paludismo, presentó su dimisión en marzo, embarcando para la Península el 15 de abril, aunque hasta el último momento continuó activamente su ofensiva.

Llegado a Madrid fue objeto de un clamoroso recibimiento, conociéndosele como

el *Héroe de Parañaque*, por el lugar donde estaba su Cuartel General.

El 23 de abril llegaba a Manila su sustituto Fernando Primo de Rivera, quien inmediatamente acometió la empresa de dominar la provincia de Cavite, principal foco y baluarte de la rebelión. Tras combates durísimos se consiguió el objetivo, pero Aguinaldo con 2.000 de sus hombres consiguió escapar hacia el norte de Manila, reactivándose allí la rebelión, así como en Bulacán, Nueva Ecija y Pampanga, ofreciendo a cada soldado indígena de las fuerzas españolas que desertase con su arma una recompensa de 125 pesetas. Por su parte, Primo de Rivera, para asegurar la fidelidad de éstos, avanzó un paso más en la integración, creando batallones mixtos con cua-

aquí, para procurar todo lo necesario para nuestra emancipación. Pero éstos y otros proyectos similares no se llegaron a producir, por lo menos en cuanto a una cantidad importante de armas.

En septiembre de 1896, cuando la revuelta era algo más que un mero incidente armado, el Gobierno Colonial japonés de Taiwan envió al jefe de la Primera Sección de la Oficina de Asuntos Militares —teniente coronel Yoshishiko Kasuse— y al Vicecónsul en Hong Kong —S. Shimizu— a las Filipinas para recabar información. Fueron posteriormente sustituidos por Shiroo Sakamoto —funcionario de los ferrocarriles coloniales de Taiwan— que llegó a Filipinas en marzo de 1897, donde le esperaba el empleado del bazar japonés M. Tagawa. Realizó 110 informes hasta agosto de 1898, en los que se muestra una clara simpatía por la causa tagala. A pesar de éstos, Japón no se decidió a tomar ningún tipo de medi-

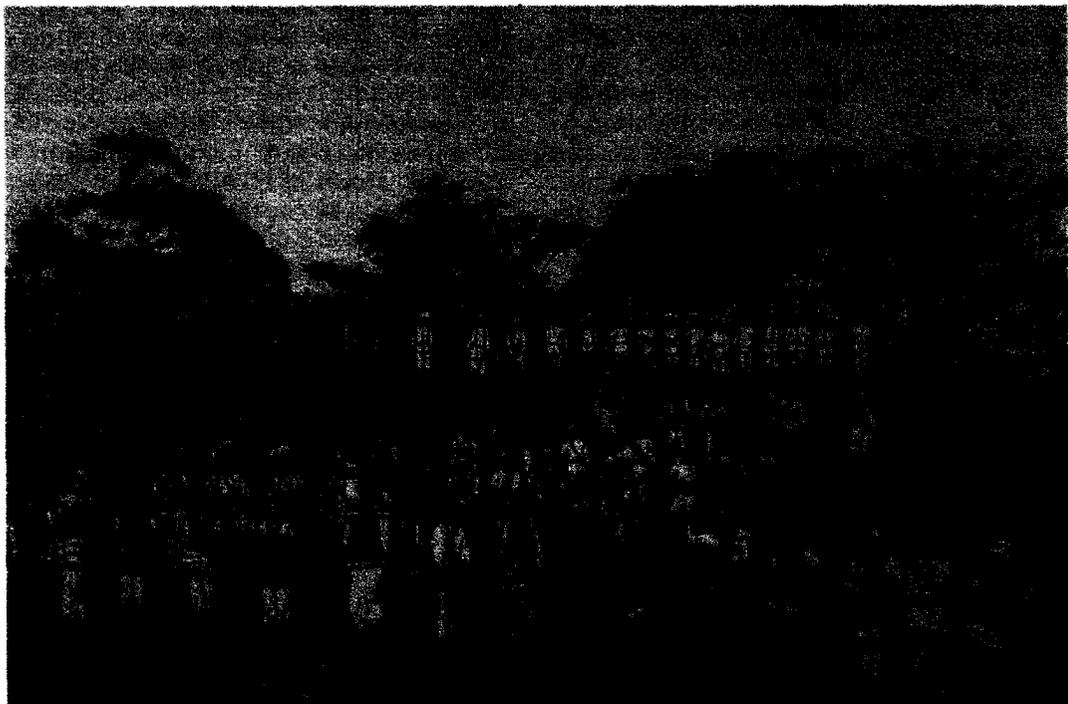
da en favor de los sublevados.

Sólo algunos grupos ultranacionalistas tomaron por estas mismas fechas pequeñas iniciativas a nivel particular. Nakamura Yarku, dentro de la política shishi, en su camino de vuelta a Japón desde Siam, entró en contacto en Hong Kong con independentistas tagalos: Estos informaron a Nakamura sobre el carácter opresivo del Gobierno español y sobre los preparativos en marcha para una revuelta con la que esperaban liberarse del yugo español. Al escuchar la situación y sus planes, Nakamura los alentó y prometió su apoyo incondicional. Cuando llegó a Japón se puso en contacto con el delegado del Katipunan en Yokohama, Mariano Ponce, acordando reclutar algunos veteranos de la guerra chino-japonesa para que instruyeran al ejército del Katipunan. En estos acuerdos participaron Sun Yat-sen —primer intermediario

entre Nakamura y Ponce—, Miyazaki Torazo, colaborador de Sun y activista del movimiento revolucionario chino, y Hayashi Masabumi —shishi de Nagano— junto a un capitán japonés, también de Nagano, llamado Hara Tei. Lo que se acordó no se pudo llevar a la práctica hasta junio de 1899, momento en que ya había estallado la guerra entre filipinos y las tropas de ocupación norteamericanas.

Los líderes japoneses, en plena era del imperialismo, a pesar de sus flaquezas, no eran idealistas dispuestos a involucrar a Japón en una causa perdida como era la del nacionalismo filipino. El realismo, más que idealismo, configuró la política japonesa hacia la revuelta tagala. Sin embargo, se ha creado un cliché de idealismo romántico, una leyenda sobre el papel de Japón en relación a la cuestión de 1896 que no se ajusta a la realidad.

Luis E. Togores



Somatén de fuerzas indígenas filipinas bajo mando español (*La Ilustración Española y Americana*, 1896)

tro compañías de españoles y dos de filipinos.

Aunque destruida la principal fuerza de choque filipina, la guerra se dilataba en largas y costosas operaciones de guerrilla y *limpieza*, mientras que el número de enfermos y heridos españoles repatriados crecía. Además, muchos hombres finalizaban su servicio militar mientras que la Infantería de Marina, verdadera reserva estratégica, debía repatriarse antes de que se agotara totalmente. De esta manera, las tropas españolas desplazadas a Manila iban reduciendo cada vez más sus efectivos.

La guerra, por la dificultad del terreno, por el agotamiento financiero y humano de la metrópoli, por la siempre posible reactivación de focos rebeldes avivados por alguna exitosa expedición con armas, parecía inacabable a corto plazo.

Como en el caso de Weyler en Cuba,

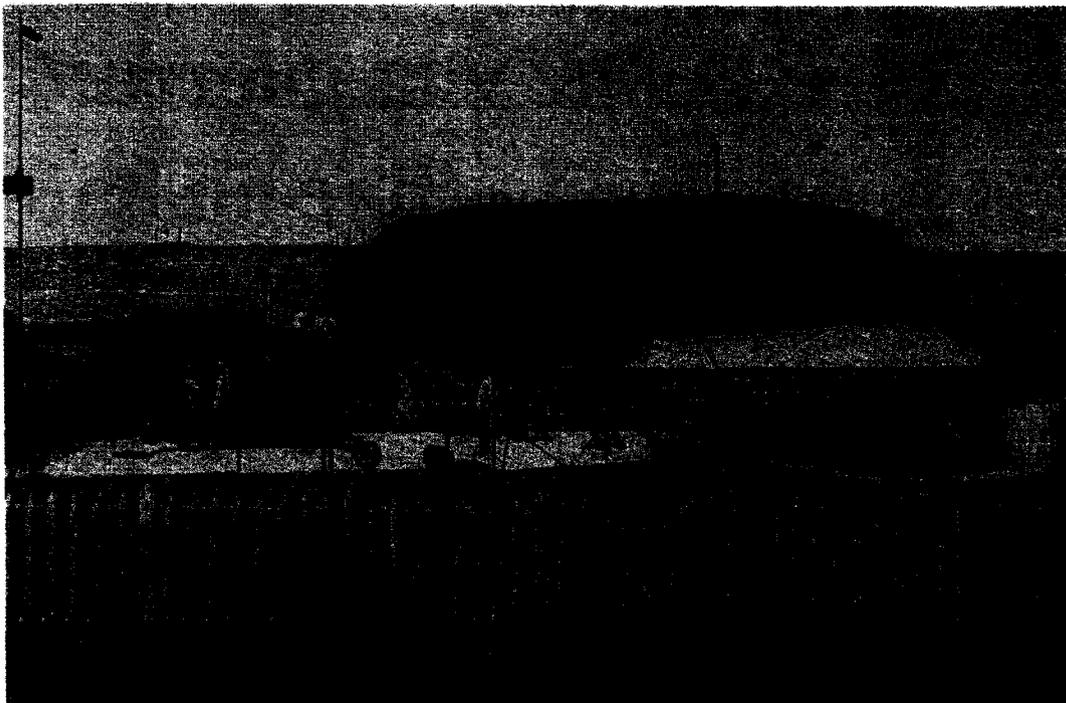
con cuyo mando presenta indudables paralelismos, la decidida acción de Polavieja había conseguido una limitada y costosa victoria militar en Filipinas, pero debía ser completada y afianzada con nuevos esfuerzos que ya eran casi imposibles de realizar por una España agotada. Por su parte, los insurrectos sabían que tenían la partida perdida, aunque pudiesen resistir todavía algún tiempo, y que no que podían esperar una ayuda como la que para los cubanos suponía la gradualmente creciente injerencia americana.

La situación en ambos bandos, por tanto, favorecía la negociación. El camino hacia el acuerdo de Biac-na-bató quedaba abierto.

Destruida la principal
fuerza de choque
filipina,
la guerra se dilataba en
largas y costosas
operaciones de
guerrilla y *limpieza*.

Las consecuencias

Tras Biac-na-bató, la situación siguió tensa, con continuos incidentes protagonizados por irreductibles o por las inevitables se-



Detalle de las fortificaciones de la ciudad de Manila (*La Ilustración Española y Americana*, 1896)

cuelas de bandidismo. Nuevos brotes rebeldes surgían continuamente, extendiéndose a otras islas.

Y en esta situación, en abril de 1898, estalló la guerra entre España y Estados Unidos, que desde 1895, planeaba atacar Filipinas. La rebelión indígena fue utilizada cínicamente para sus fines en la nueva contienda.

De hecho, la guerra hispano-filipina de 1896-97 había minado seriamente el dominio español sobre el archipiélago y allanado el camino a los estadounidenses. El ejército expedicionario había quedado agotado tras la dura campaña. Sin haber obtenido nuevos refuerzos, había sufrido muchas bajas y muchos de los heridos y enfermos habían sido repatriados.

La Armada presentaba una situación aún peor: sus barcos y dotaciones habían sufrido un duro desgaste en

las operaciones y necesitaban urgentemente reparaciones los primeros, y refuerzos y descanso las segundas. De los siete pequeños cruceros del Apostadero, dos no podían navegar en absoluto y todos los demás, excepto uno recién reparado, necesitaban una urgente puesta a punto en máquinas y artillería. Tampoco se había podido pensar en las defensas costeras.

La guarnición estaba convencida de que sería muy difícil que llegaran de España nuevos refuerzos, y sabía que no podían contar con la ayuda de la población indígena para afrontar un agresor exterior, si éste jugaba con sus esperanzas de independencia.

Todo ello explica la rápida y poco costosa victoria estadounidense en 1898, y también la larga y dura lucha de los filipinos, de febrero de 1899 a julio de 1902, cuando advirtieron que no habían hecho más que cambiar de amos. ■

La guerra hispano-filipina había minado seriamente el dominio español sobre el archipiélago y allanó el camino a los estadounidenses.